

Tony fue el más célebre payaso, clown como ahora se dice, de mi tiempo.

Su oficio consistía en hacer reír todas las noches al respetable público; y, aunque tal profesión tiene muchos inconvenientes, os juro que la realizaba a maravilla.

Sus habilidades eran tan originales que, no obstante de ser muy limitadas, parecían nuevas todos los días.

¡Aún creo verle con su enorme cara esférica embadurnada de albayalde y dos grandes rosetas de almazarrón en las mejillas; su peluca, unas veces blanca, otras encarnada y otras amarilla, terminando en una colosal pirámide; y aquella rica colección de trajes, de túnicas y pantalones amplísimos con sus grandes botones y figuras estrambóticas recortadas en paño de color distribuidas por el pecho, las espaldas, los costados y las piernas!

Todas las noches se plantaba en el centro de la pista, de un salto con su correspondiente voltereta en el aire, quedando en pie y expidiendo, a modo de saludo, un prolongado berrido que hacía desternillar de risa a las gentes.

Imitaba, con su voz, a todos los animales, desde lo alto de la galería arrojaba a la arena doce sombreros cónicos, los cuales encajaban unos sobre otros formando una esbelta columna; mantenía hasta ocho bolas de billar en el aire durante algunos minutos; el mismo ejercicio hacía con seis gorros, que acababa por encasquetarse uno tras de otro; recibía en un plato media docena de huevos de gallina, que tiraba a lo alto sin quebrarlos; con el ala de un sombrero representaba al sol, a un guardia civil, a un estudiante, a un cura, a un picador, a una dueña y a un viejo casado con una muchacha joven y bonita: en este caso el ala se retorció en dos graciosos cuernos.

Pero lo que entusiasmaba con delirio era el burro; un gracioso borrico negro y blanco, que saltaba sobre tablones atravesados en su camino, cruzaba aros cubiertos de papel y decía la hora dando golpes con una de las patas delanteras, seguía a Tony como si fuera un perro, y hacía otras muchas lindezas así como los hombres hacen muchas burradas.

Apenas Tony aparecía en escena, el público exclamaba:

—¡El burro, el burro! ¡Que salga el burro!

Y cuando, al fin, el apacible asno aparecía al trote, ¡qué de aplausos y risas!, ¡qué de

gritos y algazara!

Era cosa de apretarse los ijares siempre que Tony decía:

—Es un burro de mi familia.

Una vez, en que chicos y grandes saboreaban con deleite tan animada farsa. Tony, después de haber hundido la cabeza en el polvo y de haber pronunciado un discurso con las piernas, se dirigió a un niño, y, pasándole la mano por entre la ensortijada melena, le dijo:

—Yo querer a los muchachos.

El niño se asustó, y el ilustrado público protestó de esta familiaridad que no estaba anunciada en los carteles.

El clown, sin duda para disculparse, con voz enternecida, dirigiéndose a la numerosa asamblea:

—A mí gustar mucho los pequeños; y yo tener uno así.

Y puso la mano poco más de un palmo sobre el suelo.

Esto desagradó bastante, porque la gente iba allí a reírse y a digerir la gazofia alegremente: no a oír ternezas ni sensiblerías ridículas.

El oficio de Tony era hacer reír: no conmover.

Además, nadie suponía que aquella horrible careta encubriese el rostro afable y cariñoso de un padre, y esto contrarió mucho el efecto cómico que constituía la popularidad de Tony.

Un padre es algo serio, respetable y digno: es decir todo lo contrario de lo que es un payaso, un clown.

Semejante incidente le valió una buena reprimenda del director de la compañía, quien, por primera advertencia, le dijo:

—Tony: tú aquí no tienes más padre, más hijo ni otra familia que el burro: así place al bondadoso público, y así ha de ser.

Las cosas no hubieran ido más adelante a no haber enfermado el hijo de Tony; y ¡de qué enfermedad, divinos cielos! La pobre criatura moría estrangulada por el garrotillo.

¡Y a pesar de semejante infortunio, gracias a la tiranía de la necesidad, del hambre y la miseria, tenía que presentarse aquella, como todas las noches, con su cara cubierta de almazarrón y albayalde, dar volteretas, reír, bailar y sostener un diálogo humorístico con su pariente el pollino!

Cuando Tony saltó sobre la arena de la pista, su saludo se trocó en un rugido semejante a un inmenso sollozo.

La risa acostumbrada se ahogó en los labios de los concurrentes; algunos sintieron miedo: aquel clown parecía una fiera.

Repuestos de esta primera impresión, comenzaron las protestas. Tony, que ni oía ni veía, y cuyo pensamiento estaba al lado de su hijo agonizante, acrecentó con sus torpezas y desaciertos el mal humor de las gentes: a los gritos de «¡Fuera! ¡Fuera!» se unieron los silbidos y patadas de los espectadores.

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo! —prorrumpió el payaso varias veces, con la misma entonación que pudiera haber dicho: «¡Fuego! ¡Fuego!».

Y gran parte del público le replicó a su vez:

—¡El burro! ¡El burro!

El director para acallar la tormenta, dio suelta al animal: y el borriquito más inteligente que muchos seres racionales, asustado quizá de las voces destempladas de la concurrencia, los gemidos de Tony y la cara de este, en la cual las lágrimas formaban, con el albayalde y el almazarrón, una pringue sucia y repugnante, comenzó a rebuznar desaforadamente.

Esta situación se prolongó de tal suerte, y tenía tales visos de no acabar, que el director perdió la paciencia, y, a empujones, bajo una lluvia de inmundicias, botellas y desperdicios de frutas, le sacó de allí, repitiéndole con voz iracunda:

—Tony, hemos concluido: que no vuelva a verte más en mi vida. Me has arruinado. Hemos concluido. Tony, hemos concluido.

Poco después el ilustrado público aplaudía a rabiar al sustituto de Tony, quien, imitando la voz y ademanes de un popular orador, dijo con gran parsimonia:

—Señoras y señores: tengo el sentimiento de participar a ustedes que Tony, el ingrato Tony, nos abandona para siempre. Ha renunciado al honor de divertirlos, y se dedica al género trágico.

Y al decir trágico extendió los cinco dedos de la mano derecha, introdujo varias veces

el pulgar en la boca, y, dando tumbos se fingió borracho.